

Ábreme con cuidado

Prólogo de Gloria Fortún

*Relatos inéditos de Isabel Franc • Clara Asunción García
Pilar Bellver • Carmen Samit • Gloria Fortún • Lola Robles
Carmen Nestares • Carmen Cuenca y Gloria Bosch Maza
Inspirados en Natalie Clifford Barney • Patricia Highsmith
Virginia Woolf • Marguerite Yourcenar • Aphra Behn
Carson McCullers • Elizabeth Bishop • Emily Dickinson y
Gloria Fuertes*



Ábreme con cuidado

Editorial Dos Bigotes

Ábreme con cuidado

Primera edición: diciembre de 2015

© de los textos: las autoras, 2015

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

www.dosbigotes.es

info@dosbigotes.es

ISBN: 978-84-943559-8-1

Depósito legal: M-33854-2015

Impreso por Solana e hijos Artes Gráficas, S.A.U.

www.grficassolana.es

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

Prólogo

Isabel Franc

Incidente en el salón

Clara Asunción García

#Marimaryeva

Pilar Bellver

A Virginia le gustaba Vita

Carmen Samit

La vida oscura

Gloria Fortún

Palimpsesto

Lola Robles

El sueño de la nieve

Carmen Nestares

Las flores de Lota

Carmen Cuenca

El éxtasis de la palabra

Gloria Bosch Maza

Tu nombre me lo callo

Prólogo

Me gustaría regalarte unas pinceladas de lo bello, que es mucho más que lo que aquí enumero. De nuestra historia buena y no de las persecuciones y quemas de libros y cárceles y represiones y suicidios.

Prefiero pensar en los cantos a su amada de la poeta andalusí Wallada (994-1091), en los versos dedicados a la Condesa de Paredes de la escritora novohispana Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) o en esas encantadoras diaristas conocidas como las damas de Llangollen, que en 1778 huyeron juntas y vestidas de hombre, para finalmente establecerse en una cabaña de Gales con el fin de amarse y cultivarse.

Escojo cerrar los ojos e imaginar a la esclava huida originaria de Nueva York Sojourner Truth (1797-1883), puño en alto y voz emocionada, dando su discurso *¿Acaso no soy yo una mujer?* en el que desafiaba las normas de feminidad impuestas.

Renée Vivien (1877-1909), una británica en París, traduce por fin a Safo al francés. Inspirada por la poeta griega, decide llevar un estilo de vida lésbico que por vez primera crea identidad y comunidad.

Y qué me dices de otras exiliadas en el París de principios del siglo XX, como la pareja formada por Gertrude Stein y Alice B. Toklas, cuyo nido de amor fue también el lugar donde se reunía la *crème de la crème* de la cultura de la época, o de la bibliófila lesbiana Sylvia Beach (1887-1962), cuya librería Shakespeare & Company fue también cruce de caminos de la intelectualidad de la época.

En 1928, al son del *blues* sáfico *Prove it on Me* de Ma Rainey, se publican tres clásicos de la literatura lésbica (¡vaya año, lectora!): *El almanaque de las mujeres* de Djuna Barnes (1892-1982), *El pozo de la soledad* de Radclyffe Hall (1880-1943) y *Orlando* de Virginia Woolf (1882-1941).

Vámonos ahora a Broadway, a sus luces y su magia. Mira ese teatro parpadeante, es 1934 y se estrena *La calumnia* de Lillian Hellman (1905-1984). ¿Quién no se siente identificada con la profesora loca de amor por su compañera?

Avanzamos en el tiempo. Años 50. Patricia Highsmith (1921-1995) publica un romance entre mujeres y las Daughters of Bilitis fundan bibliotecas lésbicas por todo Estados Unidos. Por fin, en 1964, aparece *Media hora más contigo* de Jane Rule (1931-2007), ¡una novela de amor entre mujeres que acaba bien!

Estamos en la conocida como Segunda Ola Feminista y las valientes comienzan a dismantelar la casa del amo y a cuestionar el orden heteropatriarcal. La bisexual Kate Millet (1934) nos da herramientas con su potente *Política sexual*, y la lesbiana Shulamith Firestone (1945-2012), enarbolando su *Dialéctica del sexo*, despierta de su letargo forzoso la conciencia de las mujeres. Joanna Russ (1937- 2011) desbarata el género valiéndose de la ciencia ficción y poco a poco se suman las voces de las lesbianas mestizas que retan el pensamiento binario occidental, como Gloria Anzaldúa (1942-2004) y Cherríe Moraga (1952).

Estrenamos la década de los noventa con Judith Butler (1956), quien nos muestra en *El género en disputa* cómo sexo y género son constructos socioculturales que podemos y debemos desafiar. Nace la teoría *queer* y terminamos el siglo XX con autoras como la galesa Sarah Waters (1966), que convierten la ficción lésbica en un fenómeno global.

Esta es la historia de nuestra literatura, de alguna de nuestra gente. Faltan muchas, no hace justicia, pero pone de manifiesto lo evidente invisible: que a pesar de los silencios del canon, siempre se ha escrito sobre el amor y el deseo entre mujeres. Lo subversivo de la antología que tienes

en tus manos es que por fin convierte en protagonistas a algunas de estas autoras cuyo verbo lésbico ha sido obviado e incluso manipulado.

No es tan sencillo categorizar a una autora como «escritora lesbiana». Para ello tendríamos primero que saber qué es una lesbiana. La francesa Monique Wittig (1935-2003) afirma que existe un contrato heterosexual por el cual las mujeres son pasivas y los hombres activos. Si una mujer es pues una construcción cultural que implica pasividad, entonces las lesbianas no son mujeres, ya que incumplen este contrato. Por otra parte, Adrienne Rich (1929-2012) utiliza el término *continuum lesbiano* para ir más allá de los afectos románticos y plantear el lesbianismo como una opción política disponible para todas las mujeres.

Estos dos ejemplos nos revelan que a pesar de que es tentador pensar en lesbiana como una categoría estable y clara (lo mismo que es tentador pensarlo de cualquier categoría identitaria), la variedad de teorías y prácticas, inevitable porque las lesbianas son múltiples y diversas, demuestra que nunca será posible lograr tal definición. Nada tiene que ver Virginia Woolf, cuyas verdaderas pasiones fueron probablemente con mujeres como Vita Sackville-West (1892-1962), romance recreado de forma epistolar en el relato de Pilar Bellver, pero que tanto quiso a su marido Leonard, con quien quizá nunca tuvo sexo, con su contemporánea Natalie Clifford Barney (1876-1972), abiertamente lesbiana y enamorada del escándalo, como tan bien nos muestra en su texto Isabel Franc. De distintos planetas parecen ser la poeta estadounidense Elizabeth Bishop (1911-1979), cuya pasional historia de amor nos relata Carmen Nestares, y la sencilla y prodigiosa Gloria Fuertes (1917-1998), ficcionalizada por su tocaya Gloria Bosch Maza. Es más, varias de estas escritoras no se consideraban a sí mismas lesbianas, como nos cuenta Carmen Samit sobre Marguerite Yourcenar (1903-1987), o ni siquiera podían definirse a sí mismas como tales porque no existía ese concepto, lo que sucedía en el caso de la autora que he escogido, Aphra Behn (1640-1689), quien se paseaba por el Londres

del siglo XVII escandalizando tranquilamente a la sociedad de la Restauración inglesa. Sin embargo, a pesar de estas dificultades de categorización podemos encontrar un punto en común en cada una de estas escritoras que resulta fundamental: todas ellas, pluma en ristre, ejercen una resistencia contra las estructuras de poder heterosexuales.

Pero entonces, ¿es la literatura lésbica un género? ¿Qué tiene que ver *Opus nigrum* de Yourcenar, que narra la vida ficticia de un alquimista del siglo XVI, con *La balada del café triste* de Carson McCullers (1917-1967), cuya historia de amor con Annemarie Schwarzenbach (1908-1942) nos detalla Lola Robles? La ficción de las autoras homenajeadas en este libro puede ser abiertamente lésbica, como en el caso de *Carol* de Patricia Highsmith (1921-1995), que dos mujeres jóvenes leen en el tierno diálogo de Clara Asunción García, o bien veladamente lésbica, como los sensuales poemas de Emily Dickinson (1830-1886), a quien ha dedicado su relato Carmen Cuenca o, en otros casos como el mencionado de Yourcenar, en absoluto lésbica. Si cuando hablamos de literatura lésbica hablamos de representación y no de la identidad de sus autoras, también podríamos hablar de hombres que han incluido lesbianas en sus novelas, como por ejemplo Henry James en *Las bostonianas* o Émile Zola en *Nana*.

Sí, el tema es complejo y plantea más preguntas que respuestas, pero hay algo que parece claro: las mujeres lesbianas y bisexuales leen literatura escrita por autoras que desafían el mandato heterosexual en sus vidas o en sus textos porque es una parte trascendental de su proceso de construcción de la identidad. En este sentido, la aparición de una antología como *Ábreme con cuidado* es motivo de celebración porque al visibilizar a estas escritoras subvierte el canon, las da a conocer a nuevas lectoras (¡y lectores!), reconoce la obra de estas figuras literarias y las coloca donde antes había un páramo. Por otra parte, aquí hay nueva ficción. Las que ahora vivimos y escribimos tendemos las manos a nuestras referentes, construyendo así un puente entre

el pasado y el presente, una nueva historia literaria sin mentiras, secretos ni silencios.

Gloria Fortún
Madrid, octubre de 2015

Nacida en Barcelona, se dio a conocer con su primera novela *Entre todas las mujeres* (Tusquets, 1992), finalista del Premio La Sonrisa Vertical. Es la autora de la celebrada trilogía de Lola Van Guardia, editada por Egales, que incluye: *Con Pedigree* (1997), *Plumas de Doble Filo* (1999) y *La mansión de las Tríbdas* (2002), traducidas a varios idiomas. Ganadora del Premio Shangay por *No me llames cariño* (Egales, 2004), Premio Jennifer

Isabel Franc

Quiles 2011 junto con la dibujante Susanna Martín por *Alicia en un mundo real* (Norma cómic) y Premio Terenci Moix de literatura LGTB 2012 por *Elogio del Happy End* (Egales). En 2006, aparece *Las razones de Jo* (Lumen) y en 2008, su recopilación de relatos *Cuentos y fábulas de Lola Van Guardia* (Egales). Su última obra es *Sansamba* (Norma, 2014), de nuevo en colaboración con Susanna Martín.

***Incidente en el salón* en palabras de Isabel Franc**

Si hay una pionera entre las mujeres que han abanderado su lesbianismo con alegría y orgullo a partes iguales esa es la *salonnière*, amazona y eterna amante Natalie Clifford Barney. Norteamericana, de familia rica y educada en las estrictas normas victorianas, a los 24 años se trasladó a París y montó uno de los salones literarios más importantes y duraderos de todos los tiempos. Por él pasaron, durante más de 50 años, los y las intelectuales y artistas más destacadas del momento. Habituales del salón eran, entre otras muchas: Radclyffe Hall y su compañera Una Troubridge, Janet Flanner, Solita Solano, Eva Palmer, Colette, Djuna Barnes, Dolly Wilde, Mimi Franchetti, Tamara de Lempicka, Mina Loy, Renée Vivien, Romaine Brooks y Liane de Pougy, todas ellas personajes del relato que viene a continuación. Creativas, atrevidas y amantes entre ellas, formaban un interesantísimo círculo sáfico que ya fue descrito con grandes dosis de humor por Djuna Barnes en *El almanaque de las mujeres* (Egales, 2008).

Incidente en el salón recrea en tono de parodia una de aquellas tardes de los viernes en el número 20 de la rue Jacob donde se servían los famosos sándwiches de pepino que preparaba Berthe Cleyrergue, cocinera, asistente y ama de llaves de Natalie. Quienes conozcan a las protagonistas captarán las sutilezas de sus respectivas personalidades y, espero, se deleiten con ellas; a quienes no las conozcan, ojalá las anime a entrar en ese momento histórico y descubrir a estas precursoras que, capitaneadas por La Amazona, tantas puertas nos han abierto.

Incidente en el salón

Acababan de servir los sándwiches de pepino cuando el perro de Una y Radclyffe salió a la carrera hacia el jardín.

—¡¡Boyson, Boyson!! —gritó Una llevándose ambas manos a las mejillas—. Haz algo, John.

Boyson, un teckel al que Una se negaba a que tildaran de salchicha, era el más rebelde de la manada, que incluía una pareja de bulldogs franceses y otra teckel llamada Mary Jane. Boyson era también el más mimado y tenía una habilidad especial para crear problemas. Ya su nombre resultaba, de entrada, conflictivo: la imposibilidad de las francesas para pronunciar el sonido «oi» hacía que muchas le llamaran *Buason* o, peor aún, *Buasson*, convirtiendo al can —con todo su pedigrí— en un vulgar refresco. Y para más requiebro fonético, en alguna ocasión —muy probablemente por la coincidencia de bilabiales— le habían cambiado la B por una P, llevándolo a ser calificado de pescado o de veneno según la sonoridad de la «s». Ni que decir tiene que estas confusiones ponían a Una al borde de la histeria.

Fiel a su apariencia y a su alias social, Boyson era, además, un obseso de las salchichas y en particular de la *Sau-cisse de Toulouse*, que Natalie hacía traer especialmente para él siempre que la avisaran de que acudiría con sus dueñas al número 20 de la rue Jacob.

Un momento delicado el que eligió para huir la remilgada mascota. El salón estaba en plena ebullición, la cena acababa de servirse y no procedía aparcar los succulentos manjares, que la cocinera y ama de llaves de Natalie preparaba con brillante mano, para dedicarse a buscar al perrito. Ade-

más, la presencia del teckel en la fiesta de los viernes no era compartida con la misma afición por todas las asistentes. Algunas habituales lo consideraban una especie de rata desvergonzada, mientras que para sus dueñas era la representación carnal de sus instintos maternales; *mon petit garçon*, lo llamaba Una con marcado acento inglés. Tanto ella como Radclyffe (John para las íntimas) se negaban a tratarlo de animal y aseguraban que semejante apelativo solo era aplicable a determinados especímenes de dos patas. En cualquier caso, *petit garçon* o chucho insolente, su desaparición resultaba de lo más inoportuna.

Natalie, en aquel preciso instante, estaba charlando en amical postura con la que ella consideraba una posible joven promesa de la literatura universal. No se percató del incidente hasta un buen rato más tarde.

—¿Y dice usted que escribe poemas épicos? —le preguntaba, apuntando con la mirada directamente a los efectos del corsé—. Un género, sin duda, digno de mi atención...

A una prudencial distancia, tanto Romaine como Dolly le tenían puesto el ojo a Natalie temiendo lo que ya era habitual: que aquella noche las aptitudes literarias de la joven promesa fueran chequeadas en el lecho de la *salonnière*.

A su vez, y también desde una discreta lejanía, Mimi tenía en el punto de mira a Romaine, con quien solía desahogar sus deseos y fantasías, de muy alto nivel, por cierto; no hacía mucho habían jugado a las prendas con la exquisita Liane de Pougy en uno de los descansos que daba la cortesana a su actividad mundana.

En los momentos previos a la desaparición de Boyson, otras miradas se cruzaban también con visible reproche. Ni el binomio Janet-Solita ni, mucho menos, la sólida estructura Una-John aprobaban el tejemaneje endogámico que se traían sus coetáneas. Y para rematar los niveles de censura estaba Mina Loy, que se vanagloriaba de su heterosexualidad, la defendía, se protegía frente a los posibles acechos y tenía prohibido a su hija acudir al salón por lo que pudieran contagiarle.

Justo un minuto antes de que el perro escapara, John, que aquel día vestía traje de tweed con sombrero Stanton y pajarita, insistía en que los esfuerzos del colectivo debían centrarse en la legalización de sus relaciones.

—Urge reclamar el sagrado vínculo del matrimonio también para nosotras. Y que Dios nos conceda el derecho a existir.

—Amén —se santiguó Una.

La escapada de Boyson interrumpió estas disertaciones así como las artes seductoras de la *salonnière*, quien maldijo para sus adentros tanto al can como a sus dueñas. Se disculpó ante la joven promesa, con la exquisita educación que la caracterizaba y el firme compromiso de regresar en cuanto apareciera el teckel, y se dirigió a su fiel asistenta.

—Berthe, ¿qué ha sucedido?

—¡*Oh, madame!* —se lamentó la cocinera—. El perro de la señorita Una, al parecer ha huido.

—Bueno —la tranquilizó Natalie—, haremos por encontrarlo. Tú procura que la noticia no se extienda y altere la buena marcha del salón. ¿Tienes idea de cómo ha ocurrido?

—*Mais non, madame*, yo solo he visto a la señorita Una salir muy agitada hacia el jardín, seguida de su señora... —Se detuvo un instante—. ¿O debería decir su señor?

Natalie arreó un manotazo al aire.

—Tanto da. ¿Están ahora en el jardín buscándolo?

—Diría que sí.

—Pues hay que encontrarlo antes de que empiece el espectáculo, hoy tenemos una actuación muy exclusiva.

Dejó a Berthe, quien, después de frotarse las manos en el delantal, volvió a la cocina a preparar más sándwiches, y se dirigió al jardín con su escueta elegancia de metro sesenta (aproximadamente).

Justo cuando iniciaba el camino hacia el exterior, oyó a su espalda una voz que no pudo menos que inquietarla, no tanto por la estridencia aguda del falsete como por la intención que encerraba. Al girarse, confirmó sus temores: una aristócrata francesa le estaba echando los tejos a su